

Carlos Santos

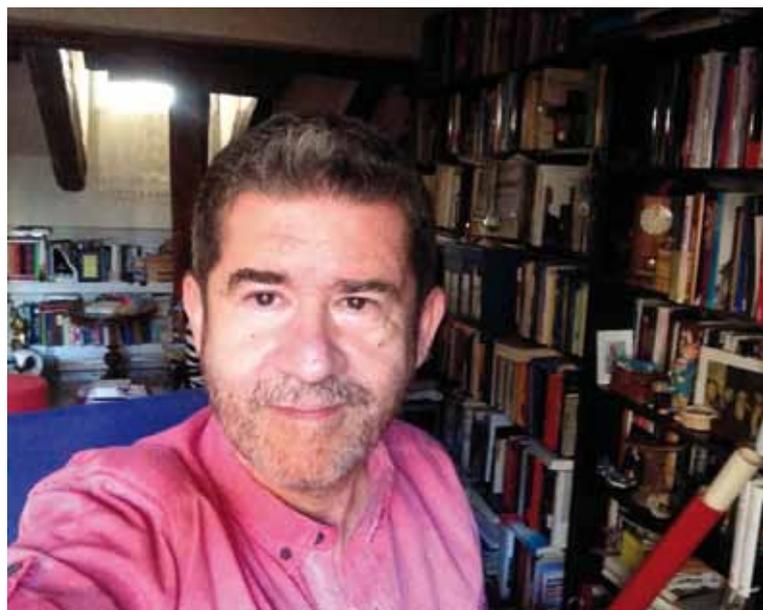
Periodista, subdirector de *No es un día cualquiera*, en RNE, analista político en La Sexta, autor entre otros libros de “Guatemala, el Silencio del Gallo” (Debate, 2007)

“Por muy hospitalaria que fuera la biblioteca nunca me permitirían subrayar frenéticamente los volúmenes o hacer apuntes al margen, como acostumbro.”

En la biblioteca donde he echado más horas de mi vida, la de los Jesuitas de Sant Cugat del Vallés, que ya no existe, jamás pedí prestado un libro. Si pasé muchas tardes en su sala de lectura no fue para leer las obras que tenían en depósito: fue para buscar esa paz, ese sosiego y ese silencio que solo encuentras en una biblioteca. En mis años de universidad, que fueron años de muchísimos descubrimientos vitales, aparte de los académicos, en ningún otro lugar disponía de esos intangibles ambientales tan convenientes para la concentración, la reflexión y el estudio. Y para la lectura, claro; lo que pasa es que si tenía que leer a Cervantes, Jovellanos, Galdós, Max Aub o a cualquier otro de los autores obligados en la facultad de Filología Hispánica de Bellaterra, más me valía comprar yo mismo los libros... por muy hospitalaria que fuera la biblioteca nunca me permitirían subrayar frenéticamente los volúmenes o hacer apuntes al margen, como acostumbro. Con mis libros auestas caminaba feliz cada tarde hasta “Los Jesuitas” para disfrutar de aquel espacio mágico, zen, bien distinto al de las tumultuosas y combativas sesiones de cine-fórum que vivíamos por las noches en el salón de actos de esa misma institución.

“ Con mis libros auestas caminaba feliz cada tarde hasta *Los Jesuitas* para disfrutar de aquel espacio mágico...”

Es la primera biblioteca que se me viene a la cabeza, pero no la primera de mi vida. La primera en términos cronológicos es la del colegio *Lasalle*, en Almería; minúscula, bulliciosa, con las paredes verdosas y amarillentas, creo recordar, y con un tesoro en un rincón: las novelas de Julio Verne. Una por una las fui llevando a casa para leerlas a escondidas, mientras mi madre pensaba que estaba haciendo los deberes. Inolvidable también la Biblioteca de Catalunya, que entonces llamaban Central, junto a las Ramblas de Barcelona, donde pasé largas horas buscando materiales para los trabajos de la facultad. Una biblioteca grandiosa, de las de antes: arcadas, techos altos, gruesos muros de piedra. En cualquier momento podía aparecer un profesor de *Harry Potter* o un alumno del *Club de los Poetas Muertos*.



Vivo rodeado de libros (selfie).

Respecto a mi propia biblioteca... vivo rodeado de libros, la verdad, pero por cuestiones territoriales –o ellos o yo– he tenido que ir aligerando y centrándome en cuatro o cinco temáticas: una potente sección de política, una creciente sección de viajes, un sabroso espacio de cocina y productos agroalimentarios, que ya ocupa medio comedor, y unos cuantos estantes dedicados a obras relacionadas con la música. Quizá baste esa relación como auto-retrato o, si usted prefiere, *selfie* intelectual. Es lo que hay. La sección de literatura pura y dura se ha ido quedando peque-

“ Inolvidable también la Biblioteca de Catalunya, que entonces llamaban Central, junto a las Ramblas de Barcelona, donde pasé largas horas buscando materiales para los trabajos de la facultad.”

ña en comparación con las demás. Eso sí, ya casi no caben las obras que me han ido dedicando amigos y personajes importantes que he ido encontrando por el camino, desde Ernesto Sábato hasta Santiago Carrillo, pasando por el doctor Barnard, Luis García Montero o los padres de la Constitución, de uno en uno; los guardo todos juntos con la esperanza de que sean los únicos

que no manden al traperero mis herederos, en un día que deseo muy lejano.

Bibliotecas públicas piso pocas, últimamente. La Nacional, que me cae cerca de casa, para buscar materiales de un ensayo en el que ando metido, y la del Palacio del Obispo Solís de Miajadas, mi pueblo extremeño consorte, donde hay una *wifi* que funciona de aquella manera y donde, rodeado de lectores a los que doblo, triplico e incluso cuadruplico la edad, encuentro un ambiente que está a medio camino entre Lasalle de Almería y los Jesuitas de Sant Cugat: ese alegre bullicio de colores, esa paz silenciosa... esas cosas que solo se dan en las buenas bibliotecas. ▲



Con Isabel Allende, en la radio, hace unos meses.

Ficha técnica

AUTOR: Santos, Carlos.

FOTOGRAFÍAS: Archivo personal de Carlos Santos.

TÍTULO: “Por muy hospitalaria que fuera la biblioteca nunca me permitirían subrayar frenéticamente los volúmenes o hacer apuntes al margen, como acostumbro”. Carlos Santos Periodista, subdirector de *No es un día cualquiera*, en RNE.

RESUMEN: Carlos Santos, con un gran bagaje profesional como periodista, nos cuenta cuáles son sus primeras bibliotecas, tanto cronológicas como aquellas que primero le vienen a la mente. De ellas describe qué le llamaba la atención o por qué las visitaba. También explica cómo es su rica biblioteca personal así como lo que siente pisando otras bibliotecas en la actualidad.

MATERIAS: Santos, Carlos / Periodistas.

Vicent García Editores
cumple **40 años**
¡Gracias!



Vicent García Editores
reaches **40 years**
¡Thanks!



Vicent García Editores
Impresores desde 1860 – Editores desde 1974

40 Aniversario: 2014

Ediciones facsímiles

Códices – Manuscritos – Incunables

Artes – Ciencias – Miscelánea – Religión

Web: www.vgesa.com – Tel: +34. 627 596 573 – Email: vgesa@combios.es